



EL FEMINISMO Y LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA

MARÍA ÁNGELES LARUMBE GORRAITZ
Universidad de Zaragoza



UN OLVIDO SISTEMÁTICO

¿Quién ha oído alguna vez el término *gynikomne-monikothanasia*? Este complicado galimatías cultista fue inventado por la feminista americana Elizabeth Gould Davis y significaría algo así como “el olvido del conocimiento de la mujer”. Esta autora, consciente de la importancia que tiene la memoria histórica para cualquier movimiento social, lo utilizó en su libro *The First Sex*, publicado en 1972, para designar la marginación que han padecido las mujeres por parte de la historiografía.

Desde entonces hasta hoy mucho se ha dicho y escrito sobre esta curiosa e interesada amnesia; sin embargo, a pesar del empeño que ha puesto el movimiento feminista para subsanarla, podemos decir que sigue siendo una cuestión pendiente. Este hecho se aprecia, de un modo especial, en los libros de texto en los que aparece habitualmente la mención, obligada por otra parte, al *Manifiesto Comunista*, pero en los que, en raras ocasiones se alude al Manifiesto Sufragista de la *Declaración de principios* hecha en la Convención de Séneca Falls, ni tampoco se valoran las consecuencias que de él se han derivado para las



mujeres como sujetos de derechos políticos y económicos.

Esta omisión, esta reducción al silencio de lo hecho o dicho por las mujeres, se hace más evidente cuando nos acercamos al estudio de un periodo concreto, y la Transición española no es una excepción.

Es cierto que la Transición es un fenómeno relativamente reciente y que está aún por estudiar en profundidad. De momento, los trabajos que se han acometido son más periodísticos que históricos, centrados más en los protagonistas personales (Suárez, Carrillo, el Rey ...) que en los protagonistas sociales, y en todos ellos ese "curioso olvido" se sigue produciendo. Sin embargo, es en ese momento cuando la mujer española, tras el letargo franquista, despierta a la lucha por sus derechos y consigue una serie de reivindicaciones que son, sin duda, uno de los saldos más positivos de todo el proceso. Todos esos logros han dado pie a una nueva cultura que ha supuesto un cambio de valores en la consideración personal, legal y social de la mujer española, alejándola de la que tuvieron nuestras madres y abuelas.

Este artículo quiere salir al paso de ese olvido para recordar la lucha del Movimiento Feminista durante esos años cruciales y explicar, aunque sea muy brevemente, cómo las mujeres organizadas en torno a él contribuyeron con su acción a forjar un futuro que hoy es el presente.

ORÍGENES Y ECLOSIÓN DEL MOVIMIENTO FEMINISTA

La lucha feminista emergió en España en los años setenta, con un cierto retraso respecto al resto de Europa debido a las peculiares circunstancias políticas que aquí se vivían bajo la dictadura; ahora bien, su renacer fue producto en cierto modo de esas mismas circunstancias, ya que en sus orígenes guardó una estrecha relación con los grupos de resistencia contra el franquismo. La influencia que irradió el feminismo estadounidense y los acontecimientos conocidos como "Mayo del 68" contribuyeron también a modelar en nuestro Estado el naciente movimiento en pro de la liberación de la mujer.

Conviene recordar que durante el tardofranquismo se detectan hasta tres corrientes en ocasiones mal diferenciadas, en torno a las que se aglutinaban quienes habían resuelto afrontar el problema de la discriminación femenina y definir las estrategias para superarla. Por un lado, el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), ligado al PCE, que consideraba que la mayor parte de los problemas que vivía nuestro país, incluido el de la mujer, tenían su origen en la naturaleza opresiva del régimen que padecíamos; por otro, los planteamientos de la llamada izquierda radical,

que propugnaba la necesidad de la instauración de un sistema socialista como precondition básica para abordar su correcta resolución; y, por último, un pequeño núcleo, embrión del que más tarde sería el Partido Feminista, que, inspirado en las aportaciones del feminismo radical americano, analizaba la situación opresiva de las mujeres desde una perspectiva marxista y de clase, heterodoxa frente al enfoque tradicional de la izquierda.

Estas tres corrientes se veían obligadas a desplegar su actividad en la clandestinidad. Pero la Transición marca un punto de inflexión en este sentido. Sin duda, el clima de inestabilidad social y política que acompañó la expansión democrática, y que se mantendrá desde el invierno de 1975, año de la muerte de Franco, hasta 1981, fecha en la que podemos dar por cerrada esta etapa, posibilitó el renacer del feminismo.

El movimiento feminista fue capaz durante esos años de llevar a cabo una actividad decisiva para su propia construcción, y clave en los cambios que se han dado en la situación de la mujer. Su andadura la comenzó con brío; las circunstancias obligaban a ello. Desde principios del año 1976, los grupos y asociaciones de mujeres se multiplicaron y ese proceso parecía imparable. La situación de la mujer española era tal que la agenda reivindicativa de las feministas estaba repleta de tareas pendientes, pero lo más importante era la convicción que se tenía de que el cambio era no sólo necesario sino posible. Reunirse, debatir, cuestionar, organizarse y propagar la idea fueron algunas de las primeras tareas que el Movimiento llevó a cabo.

A diferencia de otros países, en el nuestro la lucha feminista había sufrido un auténtico corte con el feminismo de principios de siglo. Ninguna de las organizaciones de mujeres de la época republicana había sobrevivido. Las principales dirigentes de los años treinta habían muerto o vivían en el exilio; sólo unas pocas, como la jurista María Telo o la antigua sufragista Lili Álvarez, testimoniaban la existencia de un hilo de continuidad con el pasado. El resurgir del feminismo era obra, fundamentalmente, de una nueva generación, y éste es el primer aspecto que me gustaría resaltar como rasgo característico del movimiento: su juventud. La lucha de las primeras feministas en nuestro país fue una lucha de las jóvenes, una lucha marcada por la confrontación generacional y por el rechazo a los valores provenientes del mundo de los mayores. Tuvo mucho que ver con la rebeldía juvenil que presidió los años sesenta y setenta, con las nuevas modas en los más diversos ámbitos de la vida cotidiana y con el desafío a la autoridad basada única y exclusivamente en la edad y la tradición. Las feministas fueron jóvenes que no estaban conformes con el encorsetado mundo en el que se las quería integrar, y



Mujeres



se opusieron a él con la firme convicción de que podían cambiarlo. Sin su lucha, sin su rebeldía, resultaría incomprensible la realidad actual. Así pues, el primer legado que sigue vivo de aquella generación va dirigido a las jóvenes que leen estas líneas; a ellas les corresponde continuar con esa labor aún inacabada en pro de la emancipación de la mujer.

ÁRBOL DE MUCHAS RAMAS

Resulta dificultoso y está por hacer una historia de los centenares de asociaciones de mujeres que nacieron por aquellas fechas. Ya muy tardíamente, en 1987, en un catálogo realizado por el Instituto de la Mujer, se incluían 600 organizaciones, de las cuales 60 se definían como feministas.

Eran grupos desiguales entre sí en cuanto a tamaño, orientación y fines; algunos de ellos apenas sobrevivieron unos meses a su constitución; padecían una acusada dispersión geográfica, y su grado de incidencia en el conjunto del Movimiento fue muy desigual. Todos estos factores han dificultado la labor de investigación acerca del Movimiento feminista, siendo su pluralidad un handicap a la hora de reconstruir su historia, al tiempo que con ella se evidencia su enorme vitalidad y riqueza.

En sus formas organizativas siguieron las pautas de las feministas americanas y europeas, optando por modelos abiertos, asamblearios y muy poco jerarqui-

zados, lo que los diferenció de otros movimientos sociales de aquel periodo.

Muy pronto, el problema que sufrieron todos estos grupos fue la falta de financiación económica. Sólo los ligados a los partidos políticos contaban en mayor o menor medida con unos fondos estables; el resto se veía obligado a sufragar su actividad por sus propios medios, que siempre eran exiguos.

Sus peticiones, en un primer momento, no se diferenciaron de las que ya habían sido demandas democráticas de las mujeres en la década anterior, relativas al trabajo asalariado, al reconocimiento de las tareas domésticas, a la educación y a la necesidad de superar una legislación claramente discriminatoria; pero muy pronto fueron conscientes de que la lucha por la igualdad, a pesar de ser necesaria, ya no era suficiente, dado que la opresión que la mujer experimentaba cotidianamente guardaba una estrecha relación con su cuerpo. Por esta razón nuestras feministas incorporaron a su agenda otras reivindicaciones de gran calado, tales como el derecho a la libre disposición del propio cuerpo (acceso a los anticonceptivos, despenalización del aborto), y una denuncia expresa de la ideología patriarcal, poniendo en tela de juicio la familia, la virginidad, el mito de la maternidad, la cosificación de las mujeres y otras cuestiones que abrieron nuevos campos de reflexión partiendo de ese lema ya clásico de *Lo personal es político*.



En su lucha se sirvieron de métodos tradicionales: manifestaciones, concentraciones, campañas, panfletos, octavillas, pins, pegatinas, graffiti, publicaciones o revistas, aunque introduciendo en muchas ocasiones un sentido lúdico que hasta entonces no habían tenido; pero adoptaron además nuevas tácticas para acercarse a las mujeres. Entre ellas, se ha de destacar la creación de pequeños grupos de concienciación cuya finalidad primordial era romper su aislamiento, dialogar, aprender a confiar en sí mismas y a analizar sus experiencias y percepciones como vía para transformarlas en conciencia política.

Asimismo fueron capaces de llevar el compromiso político a su vida personal, acuñaron el término *sororidad* para designar una nueva forma de fraternidad entre las mujeres, basada en la ayuda mutua, y se esforzaron por crear toda una cultura propia que iba más allá de ofrecerse apoyo en situaciones problemáticas, y que abarcaba un gran número de ámbitos, desde el cine, el teatro, el vídeo o la literatura, por mencionar algunos de los más significativos. Con un carácter más teórico, incidieron en la existencia de un sujeto histórico, social y político femenino, intentando construir un nuevo discurso desde la mujer.

En el ámbito del lenguaje comenzaron a denunciar que la estructura básica respondía a un mundo masculino y a reivindicar el uso del género femenino, apostando decididamente por una expresión mucho más libre de los sentimientos y haciendo de la desinhibición afectiva otra de sus señas de identidad.

UNA MINORÍA EN LUCHA

Como podemos apreciar, lo que planteaban era una auténtica inversión de los valores patriarcales

dominantes, para dar paso a una nueva realidad que tuviera como referente a la mujer.

Esta ambiciosa tarea se la propusieron apenas unos miles de mujeres, y éste es el segundo rasgo característico del feminismo que me gustaría resaltar: la influencia que puede ejercer una minoría decidida.

La mujer, por el mero hecho de serlo, sufría una descarada marginación de los aparatos de poder. La inmensa mayoría de la población, incluida la mayor parte de las mujeres, aceptaba la realidad existente y, sin embargo, un reducido grupo de ellas, lo que en Psicología Social se conoce como minoría activa, se opuso con firmeza a la mayoría y lograron ejercer su influencia consiguiendo, si no todos sus propósitos, al menos cambios sustanciales en su status y consideración social.

Esta herencia también sigue viva para las jóvenes generaciones. Cuando las ideas que uno defiende se apoyan en elevados ideales de justicia e igualdad, y se sostienen con convicción y consistencia, el futuro juega a nuestro favor, aunque el presente se obstine en desmentirlo.

Hoy se quiere llegar a otras conclusiones distintas a las que acabamos de apuntar. Los logros alcanzados por la mujer pueden ser vistos como un epifenómeno de las transformaciones sociales y políticas experimentadas por el país, dejando de lado la acción de la propia minoría feminista.

Si nos remitimos a la Transición, no podemos dudar de que la sociedad española, globalmente, quería y luchaba por el cambio. Los códigos sociales y las prescripciones en vigor resultaban obsoletas, sólo era necesario mirar a los países de nuestro entorno para constatarlo. Una vieja canción de Bob Dylan, compuesta a mediados de los setenta y titulada "Subterranean Homesick Blues", decía: *No necesitamos al hombre del tiempo para saber en qué dirección sopla el viento...* Los efectos de la influencia minoritaria deben situarse en ese contexto social global, pero sin esa minoría feminista, que hoy pocos recuerdan, la Transición hubiera sido distinta en ese aspecto, uno de los más relevantes, como ya hemos señalado, del periodo. No obstante, algunas de sus peticiones, para poder ser satisfechas, siguen exigiendo, dada su amplitud y profundidad, cambios estructurales que afectan a todos los órdenes de la cultura. No puede, por tanto, extrañarnos que, a pesar de sus muchos logros, esa agenda reivindicativa siga teniendo importantes tareas pendientes.